

Matilde Asensi

EL SALÓN DE ÁMBAR

la esfera  de los libros

Prólogo

Jamás se me pasó por la cabeza que *El Salón de Ámbar* cumpliría veinte años con tan buena salud literaria. De hecho, en este mundo tan veloz en el que vivimos, tan acelerado, en el que los libros apenas pasan unas semanas en las mesas de novedades y, luego, al poco, desaparecen para siempre, es realmente extraño que un libro cumpla veinte años y se siga reeditando una y otra vez. Me siento increíblemente orgullosa, feliz de una manera difícil de explicar y, desde luego, asombrada de estar celebrando este inusual cumpleaños. La vida, a veces, te ofrece regalos tan grandes que, incluso tratándose de un libro, no hay palabras suficientes para dar las gracias.

Escribí *El Salón de Ámbar* con la esperanza de convertirme en escritora de verdad, es decir, publicada, con alguno de mis libros a la vista en los escaparates de las librerías. Ése era mi sueño. Ya había ganado varios premios literarios de cuentos y uno de novela, pero no parecía nada fácil llamar a la puerta de las grandes editoriales. Me sentía como Pulgarcita llamando a las casas de los gigantes sin la menor esperanza de que escucharan mis pequeños golpes en aquellas inmensas y lejanas puertas. Pero seguía escribiendo porque intuía que, si perseveraba, algún día alguna de aquellas puertas se abriría.

Visto desde ahora, resulta abrumador pensar en todo lo que ocurrió después de *El Salón de Ámbar* pero eso no es lo importante. Lo verdaderamente importante es que fue mi primer libro publicado, el principio de un camino nuevo que le dio un giro absoluto a mi vida. Hacía ya mucho tiempo que, como lectora, tenía claro que el género que realmente me apasionaba era el de aventura histórica, de modo que, de manera natural, ésta fue la dirección que tomé cuando empecé a escribir. Por eso, cuando llegó a mis manos un artículo de prensa sobre una habitación construida completamente con ámbar dorado del Báltico que había sido robada por los nazis durante la II Guerra Mundial en un palacio cerca de San Petersburgo, y de la que nunca se había vuelto a saber nada, el corazón se me disparó porque *sabía* que quería escribir un libro sobre eso.

Recuerdo perfectamente aquel artículo de prensa, lo veo aún entre mis manos, y recuerdo la emoción que sentía construyendo el argumento en mi cabeza e imaginando las cosas que tendrían que pasarles a los personajes hasta llegar a encontrar aquel Salón de Ámbar robado. Robos de arte, nazis, palacios, II Guerra Mundial... Todo me parecía fascinante y veía las piezas de la trama flotando en mi cabeza y engarzándose unas con otras con grandes chispazos de luz. Entonces aún no lo sabía pero este proceso siempre es el mismo, ocurre igual con cada nuevo libro, con todos los que he escrito y, cuando sucede, sé que tengo una nueva historia que contar, que empieza la fase de documentación, de leer incansablemente hasta saberlo todo para poder encajar bien las piezas sueltas del puzzle.

Siempre hay mucho más detrás de cualquier historia. Detrás de *El Salón de Ámbar* está escondida la figura, famosa por aquella época, de Erik el Belga, aquel infatigable ladrón de obras de arte españolas que robaba en las ermitas o iglesias

perdidas en mitad del campo o en los pueblos vacíos para venderlas en el extranjero a precios exorbitantes. Ya había sido detenido varias veces pero siempre volvía a las andadas, ya que su trabajo era fácil y de alto rendimiento. Nadie se preocupaba por el patrimonio artístico español y mucho menos la Iglesia católica, propietaria e incluso vendedora bajo mano de muchas de aquellas obras del barroco o del gótico que terminaban en manos de Erik el Belga.

Cuando se publicó *El Salón de Ámbar*, en septiembre de 1999, ocurrieron dos cosas completamente diferentes: a los lectores les encantó y, por el boca-oreja (entonces no existían aún las redes sociales) lo auparon a las listas de los libros más vendidos a la velocidad del rayo; en cambio, a la crítica literaria de aquel entonces le desagradó hasta el punto de afirmar, como afirmaba una de ellas, que *El Salón de Ámbar* era «literatura efímera destinada a desaparecer rápidamente». Bueno, a día de hoy, veinte años después, resulta imposible dudar de su agudísima capacidad para acertar. Y, sí, me estoy riendo. Mucho...

Recuerdo ver mi libro, aquella primera edición —en cuya fea portada, de fondo blanco, se veía una mano enguantada a punto de coger el marco de un cuadro como si lo fuera a robar—, en los escaparates de las librerías. Ése fue un momento único para mí, un momento con el que llevaba soñando años y años. Supongo que, como para muchas otras cosas, hay una primera vez y, luego, ya no vuelve a ser igual. Ahora estoy acostumbrada y, aunque me sigue haciendo muchísima ilusión, aquella primera vez, con *El Salón de Ámbar*, fue increíblemente especial. Es una experiencia que hoy, con el libro electrónico, ya no se puede vivir. Con todo, yo se lo desearía a todos los escritores nóveles que esperan ver sus libros publicados en papel. No hay nada que se le parezca.

De modo que, *El Salón de Ámbar* y su banda de ladrones de arte, el Grupo de Ajedrez (por sus pseudónimos para ocultar sus nombres), siguen aquí veinte años después. Siento por mis personajes un enorme afecto (Roi —el Rey—, Donna —la Dama—, Läufer —el Alfil—, Rook —la Torre—, Cavalo —el Caballo— y Peón o, lo que es lo mismo, Ana Galdeano, la protagonista). Para mí siguen siendo tan reales como lo fueron mientras los creaba en mi cabeza y todavía puedo verlos en mi mente tal y como eran hace veinte años. Me despedí de ellos hace tiempo pero, en este aniversario y para esta nueva edición, los he vuelto a recuperar. Tendré que preguntar a alguien si se puede querer tanto a los personajes de un libro. A lo peor tengo un problema y no soy consciente.

En fin, a los nuevos lectores os deseo que disfrutéis tanto con *El Salón de Ámbar* como yo disfruté escribiéndolo y como disfruto viendo que sigue vivito y coleando, con plena salud, veinte años después.

Espero que, dentro de veinte años más, me pidan de nuevo que escriba otro prólogo para *El Salón de Ámbar* por su aniversario número cuarenta. Crucemos los dedos.

MATILDE ASENSI

Capítulo 1

Mientras en el centro de la abarrotada plaza del Mercado Chico un clérigo de la Inquisición arrojaba libros herejes a la hoguera, dos calles más arriba yo luchaba desesperadamente por sacar del garaje mi flamante BMW 525 tds, color granate metalizado, en dura liza con la riada de rezagados que llegaban tarde a la fiesta medieval organizada por el ayuntamiento. Para mi desgracia, desde varios días atrás estaban teniendo lugar, en la misma puerta de mi casa, ruidosas reyertas de mendigos, ventas de esclavos, torneos de caballeros y ajusticiamientos de vendedoras de remedios y reliquias. Me decía, desesperada, que si hubiera sido un poco más lista, me habría abstenido de quedarme esos días en Ávila, marchándome a la finca con Ezequiel y dejando que mis conciudadanos se divirtiesen como les viniera en gana. Pero acababa de regresar de un largo viaje y necesitaba urgentemente el entorno de mi propia casa, la comodidad de mi propia cama y un poco de... ¿tranquilidad? Las dichosas fiestas municipales me estaban sentando fatal.

Golpeé suavemente el claxon e hice señales con las luces para que el río humano se apartara y me dejara salir, pero fue totalmente inútil. Hube de contener un agudo instinto asesino al ver cómo un corro de adolescentes *heavy* se dedicaba a

aporrear me el capó entre gestos obscenos y risotadas. En estas ocasiones, y en otras del mismo pelaje, siempre juro para mis adentros —generalmente en hebreo— que es el último año que me quedo encerrada en el interior de las murallas a merced de la jauría.

Es evidente que por nada del mundo hubiera salido a la calle en tales circunstancias de no haberse producido la imperiosa llamada de mi tía Juana, a quien, precisamente, tenía pensado visitar al día siguiente para dar por terminado el asunto de San Petersburgo. Pero cuando Juana dice «¡Ahora!», ni todo el ejército norteamericano, con Patton a la cabeza, se atrevería a llevarle la contraria.

—Llévate la chaqueta, que está refrescando —me advirtió Ezequiel desde el salón—. ¡Y no le des recuerdos de mi parte a... esa! —añadió con desprecio.

La vieja Ezequiel llevaba trabajando para mi familia desde que tenía doce años, cuando mi abuela se la trajo desde la aldehuella de Blasconuño, al norte de la provincia. Había visto crecer a mi padre y a mi tía, había amortajado a mis abuelos, había servido fielmente a mis padres y, luego, tras la muerte de mi madre, me había criado a mí. Su cariño y lealtad sólo tenían parangón con la irreductible hostilidad que sentía por mi tía: Ezequiel conservaba un recuerdo muy vívido del mal genio y el temperamento agrio de la joven Juana y nunca podría perdonarle ciertos agravios que, años atrás, la habían herido en lo más hondo.

Abandoné el recinto amurallado por la ermita de San Martín y, más tranquila, crucé el puente Adaja y tomé la carretera de Piedrahita. Tenía por delante media hora de pacífica conducción escuchando las noticias de la radio: el presidente ruso, Boris Yeltsin, seguía empeñado en que la Duma aceptara a Chernomirdin como primer ministro y la Duma, capitanea-

da por los comunistas, decía que no, que para nada, y que, si Boris insistía, estaban dispuestos a empezar la tercera guerra mundial; por su parte, el presidente norteamericano, Bill Clinton, ante la inminente publicación del informe Lewinsky, seguía empeñado en defender la enorme diferencia entre «relaciones sexuales» y «relaciones inapropiadas». Así que, por estos insignificantes problemillas, las bolsas mundiales estaban en caída libre y el desarrollo económico en franca recepción, aunque, al parecer, ningún conflicto era tan importante para nuestro país como el hecho de que Javier Clemente, el seleccionador nacional, se negaba a dejar el puesto a pesar del ridículo mundial que habíamos hecho en Francia y en Chipre.

Apareció a mi izquierda la desviación hacia Molinillos de Trave y, quinientos metros más allá, apoyado contra la ladera del monte de la Visión, recortado por la débil luz de la luna menguante, se vislumbró el enorme contorno azulado del monasterio de Santa María de Miranda, cuyo campanario, en forma de linterna de ocho caras, amenazaba al cielo con tanta virulencia como el puño de mi tía en uno de sus días de mal-humor. Nunca entendí por qué Juana había decidido enterrarse en aquel lugar después de haber disfrutado de todos los placeres de la vida. Yo tenía entonces diez u once años y recuerdo las furiosas peleas entre mi padre y ella que, en una ocasión, como prueba de su férrea decisión y de su profunda vocación religiosa, llegó a tirarle a la cabeza una cajita persa de bronce del siglo VIII que le abrió en la frente una brecha de tres centímetros. Después de aquello, estuvieron mucho tiempo sin hablarse y, entretanto, Juana profesó y se convirtió, para sorpresa de todos, en una sumisa y disciplinada redentorista filipense de hábito negro y toca blanca. No obstante, como ambos hermanos eran buenos exponentes del espíritu práctico de la familia Galdeano, volvieron a reunirse

al cabo de algunos años, aunque manteniendo hasta la muerte de mi padre una frialdad en el trato tan gélida como sus respectivos orgullos.

Detuve el coche frente a la cancela del monasterio y esperé a que una de las monjas bajara corriendo la pendiente para abrirme. Eran casi las diez de la noche y, como la comunidad, según la Regla, ya debería estar durmiendo después de haber rezado completas, me extrañó ver tanta animación y tantas luces en la puerta del edificio.

Antes de que pudiera darme cuenta, la hermana Natalia, sudorosa por la carrera y por el esfuerzo de empujar las pesadas hojas de hierro de la cancela, me estaba mirando a través de la ventanilla con los ojos brillantes y una sonrisa en los labios que le dejaba al descubierto las dos blancas hileras de dientes. Suspiré con resignación... Natalia siempre se ofrecía voluntaria para abrirme la verja con tal de que la invitara a subir en el coche durante el corto trayecto de vuelta. Algun día, me decía yo cargada de malas intenciones, algún día enfilaría hacia el monasterio a toda velocidad abandonándola allá abajo sin misericordia.

—¡Qué coche tan bonito te has comprado esta vez, Ana! ¡A ver si te dura más que los otros! —exclamó, dejando caer sus buenos noventa kilos de peso en la mullida tapicería de mi BMW. Desde que había sobrepasado los cincuenta, Natalia no había hecho otra cosa que aumentar escandalosamente de volumen.

—¿Por qué te metiste monja, Natalia? Siempre he dicho que deberías haber sido la amante de algún jeque millonario.

—¡Qué disparate! —carcajeó encantada.

Si hay algo que me revienta de las monjas de este cenobio es su inmaculada ingenuidad, su pueril impermeabilidad a todas las barbaridades que soy capaz de decirles.

Tiesa como un sargento e inmóvil como una estatua, mi tía me esperaba en el interior de la conserjería. Juana acababa de cumplir cincuenta y siete años pero, por esa misteriosa capacidad de conservación que disfrutan las esposas de Cristo, aparentaba poco más de cuarenta y tantos. Su rostro esquinado y vertical, de marcadas ojeras y labios finos, era idéntico al de mi padre y al mío, aunque sus ojos azules nada tenían que ver con los tradicionales ojos marrones de los Galdeano y todavía estaba por aclararse su exótico e ilegítimo origen. Afortunadamente, el envaramiento de Juana era sólo una pose, y, en cuanto me tuvo a tiro, su gesto se dulcificó y me estrechó en un largo abrazo bajo la almibarada mirada de las hermanas que la rodeaban y de la enorme sonrisa blanca de Natalia.

—¿Qué tal por San Petersburgo? —me preguntó, soltándome al fin—. Estás bastante más delgada.

—No hay mucha comida en Rusia —rezongué, recordando las parcias cantidades de repollo, sémola de trigo y remolacha que había tragado durante una semana.

—¡Oh, Señor...! Rezaremos por aquella pobre gente.

—¡Estupendo, así les caerá el pan del cielo! Aunque mejor sería que les cayera vodka, porque ya se acercan los rigores del invierno.

—¡Ana María!

Desde mi ateísmo recalcitrante, el poder de la oración —en el que tanto confiaba mi tía—, constituía un misterio para mí. ¿Por qué no hacían algo más práctico, algo que realmente sirviera para algo?

—¿Y Ezequiela? —me preguntó Juana en ese momento, cambiando de tema—. ¿Cómo está?

—Bien, bien, está muy bien. La he dejado en el salón viendo la tele.

—Dale recuerdos de mi parte.

—¡Tía..., por favor! —protesté—. Ya sabes que no quiere saber nada de ti, así que no me obligues a soportar de nuevo toda la retahíla de reproches que guarda en su corazón.

—¡Es la mujer más cabezota y tozuda que...!

—¡Mira quién fue a hablar! —exclamé, ocultando una sonrisa, pero mi tía me miró con amargura: el desprecio de Ezequiel le quemaba como un hierro candente.

Mientras avanzábamos hacia el interior, una al lado de la otra, le eché una larga ojeada a hurtadillas: seguía tan guapa como siempre, con ese brillo azulino en los ojos que contrariaaba el gesto adusto de su cara y su ceño eternamente fruncido. En realidad, era una buena persona, mejor de lo que a ella misma le gustaba reconocer, y sentía una marcada debilidad por su sobrina favorita —y única—, o sea, por mí. A pesar de todo, el instinto de supervivencia me recordó de pronto que con Juana no convenía dejarse arrastrar por los sentimientos, ya que sólo había dos razones por las cuales podía haber requerido de aquel modo mi presencia: o quería dinero o quería mucho dinero.

El monasterio y la comunidad se sostenían con los ingresos procedentes de las actividades empresariales que Juana había puesto en marcha durante los últimos años. Por ejemplo, las monjas más ancianas cosían chándales y monos de trabajo para las fábricas de la provincia, las cocineras hacían dulces y yemas de Santa Teresa que vendían a precio de oro en una tiendecilla instalada junto a la puerta del santuario, y las más jóvenes habían hecho cursos de encuadernación y realizaban trabajos para imprentas y para algunos ricos particulares; había, incluso, una novicia que, previo pago contante y sonante, diseñaba páginas web para los organismos e instituciones de la Iglesia y del Patrimonio Nacional. Todo era válido para mi tía mientras diese dinero. Sin embargo, ni implantando entre

sus monjas la producción a destajo, como habría sido su gusto, hubiera podido reunir los muchos millones que necesitaba para costear los interminables trabajos de restauración que mantenían en pie aquel viejo monasterio del siglo XII.

—¿Qué se ha estropeado esta vez, tía? —pregunté mientras cruzábamos el claustro hexagonal y nos encaminábamos hacia la sala capitular y el archivo.

—¡No seas tan impaciente!

Sonréí. A Juana le gustaba mantener los secretos.

—Antes tengo que pasar un momento por el calabozo —comenté, y me detuve en seco junto a una de las columnas dobles del claustro, asiendo con la mano la bolsa que llevaba colgada al hombro.

Mi tía asintió con la cabeza.

—Lo suponía.

Una de las secciones más antiguas del convento, aquella que durante ocho siglos había albergado las celdas de las monjas, dejó de estar habitable poco después de la llegada de Juana al cenobio. La madre superiora de aquel entonces decidió clausurarla y trasladar las habitaciones de las hermanas a la parte oriental, pero en cuanto la buena mujer pasó a mejor vida y Juana fue elegida en su lugar, mi tía abrió de nuevo aquellas medievales dependencias, les dio un rápido lavado de cara (un refuerzo por aquí, un nuevo muro por allá, una mano de encalado y otra de pintura) y abrió un negocio ilegal de guardamuebles. Que yo supiera, casi todas las familias de Ávila tenían alquilada alguna vieja celda en el que, por un módico precio al mes (treinta euros la habitación pequeña y cincuenta la grande), guardaban toda clase de cachivaches y enseres pasados de moda. La hija de una vieja amiga de mi tía, esposa de un militar que cambiaba de destino con cierta frecuencia, tenía tres celdas reservadas de manera permanente.

Cuando yo era pequeña, por un lógico error de polisemía, creía que las celdas eran calabozos donde encerraban a las monjas por la noche, así que mi padre le dio este nombre a la que él utilizaba para ocultar ciertos objetos que no podía conservar en el almacén de la finca ni en la trastienda del comercio, por si a la policía le daba por hacer alguna visita inesperada.

—¿Tuviste algún problema con el trabajo? —me preguntó con maternal inquietud mientras giraba la gruesa llave de hierro en la cerradura.

—Ninguno —respondí empujando la puerta, que gemió—. Todo salió como estaba planeado. Como siempre.

—Alabado sea Dios.

Una vaharada de aire rancio y viciado arremetió contra mi olfato cuando me introduje en aquella gran estancia que, durante siglos y hasta la llegada de los redentoristas filipenses, había sido la celda de las madres abadesas bernardas, y que ahora servía de zulo y madriguera a la familia Galdeano. Unas entrañables formas gibosas, cubiertas por lienzos polvorrientos y mal iluminadas por la luz de un ventanuco enrejado, me dieron la cordial bienvenida, y un cálido sentimiento de orden, de que todo volvía a estar como debía y de que yo me encontraba en el lugar correcto me calentó el corazón. Muchos años atrás, cuando era niña, mi padre me dejaba jugar allí mientras él y Roi (que entonces no se llamaba Roi sino Philibert, príncipe Philibert de Malgaigne-Denonvilliers) trabajaban durante horas ordenando y catalogando la selección de piezas que, por alguna razón desconocida, no iba a parar al almacén de la finca como el resto del material que llegaba en camiones desde distintos puntos de España (crucifijos románicos, retablos góticos, imágenes de santos y vírgenes, columnas de marfil policromado, coronas engastadas de piedras preciosas, cálices de

oro y plata, códices miniados, muebles, tapices y un largo etcétera de valiosísimas antigüedades).

No necesitaba apartar los lienzos para reconocer de memoria la mayoría de aquellos preciosos objetos. Muchos de los que ya no estaban habían ido a parar, con el tiempo, a las casas, castillos y palacios de los más ricos coleccionistas de arte del mundo, donde, felizmente, ocupaban lugares de privilegio. En los años sesenta y setenta, España estaba mucho más preocupada por la llegada de turistas a las playas de Benidorm y Marbella que por su patrimonio histórico y cultural, y la entidad más indiferente al valor secular de sus propiedades era la Iglesia católica que, utilizando a los gitanos como intermediarios, vendía por una miseria sus obras de arte.

Al principio, el negocio de mi padre era totalmente legal. Desde siempre había sido un enamorado de la belleza y ese amor le llevó a viajar por todo el mundo comprando antigüedades y colecciónando pinturas de artistas flamencos del siglo XVII. Poco después de su boda con mi madre, el patrimonio familiar (obtenido con la construcción de los primeros ferrocarriles durante el reinado de Isabel II) se agotó de manera definitiva, y mi padre pensó que, como de todos modos tenía que ponerse a trabajar y en España no había buenos anticuarios, sería una idea excelente establecer por su cuenta un negocio tan ajustado a sus gustos.

En aquellos tiempos España era un filón inagotable de obras de arte. «¡El país entero está lleno de joyas que nadie cuida ni valora!», gritaba escandalizado cuando volvía de alguno de sus numerosos viajes por Galicia, Asturias, Castilla, Navarra o Cataluña. Todo lo que compraba a los curas y a los obispos a través de los gitanos, lo vendía inmediatamente por sumas astronómicas y, no obstante, cuando los camiones llegaban cargados a la finca, había decenas de anticuarios, mar-

chantes y coleccionistas esperando ávidamente para adquirir el material al precio que fuera. Uno de aquellos primeros coleccionistas fue el príncipe Philibert de Malgaigne-Denonvilliers, un aristócrata francés que vivía en un castillo-fortaleza situado en el corazón del valle del Loira y que terminó convirtiéndose en el mejor amigo de mi padre. Philibert de Malgaigne-Denonvilliers —o, lo que es lo mismo, Roi— fue quien le introdujo en el Grupo de Ajedrez.

—¿Te falta mucho...? —me preguntó Juana, de pronto, desde el otro lado de la puerta. Mi tía jamás entraba en el calabozo; era su particular manera de *no saber nada*.

Descolgué de mi hombro la bolsa de cuero y la apoyé blandamente sobre una tabla. Con sumo cuidado deshice los nudos que la cerraban y tiré de los lados hasta dejar al descubierto un hermosísimo ícono ruso del siglo XVIII. Mis manos, que lo habían sujetado y manipulado con fría precisión mientras lo descolgaban del iconostasio de la pequeña iglesia ortodoxa de San Demetrio, lo acariciaron ahora con mimo y ternura como si fuera un delicado gatito recién nacido. Una Virgen y un Niño de rostros estilizados y hieráticos me contemplaron en silencio desde la distancia de sus más de doscientos años de vida. El monje que los había pintado lo había hecho respondiendo a unos procedimientos que habían permanecido inalterados a lo largo de los siglos: pintar un ícono no era, ni mucho menos, lo mismo que pintar un cuadro religioso al estilo de Zurbarán o Murillo; para un monje ortodoxo, pintar un ícono representaba un momento sagrado de su vida que empezaba por la oración y el ayuno previos a la preparación de las colas y los pigmentos. Por tradición, todos los colores tenían una significación estricta: el azul representaba la trascendencia, el amarillo y el oro la gloria y el blanco la majestad. Antes de emplear el blanco, por ejemplo, el

monje debía pasar largas horas de rezos y penitencias, igual que antes de empezar a pintar los rostros, las manos y los pies, que eran las zonas más importantes del ícono, las no cubiertas por vestiduras y que hacían que la imagen fuese realmente sagrada. De hecho, a partir del siglo IX (y la imagen que yo tenía delante no era una excepción), se extendió masivamente en Rusia la costumbre de cubrir con un revestimiento de oro o plata, llamado *Rizza*, la totalidad de la obra a excepción de esas partes del cuerpo, que debían quedar al aire.

La brusca interrupción de la producción de iconos en 1921, prohibidos por un edicto de Lenin, no había hecho otra cosa que despertar la voracidad de los coleccionistas de estas joyas del arte. Y para uno de ellos había robado yo aquella maravilla salvada de la destrucción definitiva gracias a la perestroika. El comprador, un discreto multimillonario francés, había ofrecido quinientos mil dólares por la pieza y, considerando el poco riesgo que entrañaba la operación, el Grupo de Ajedrez había aceptado el trabajo, que, como siempre, se llevó a cabo con pulcritud. En esos momentos, una exquisita y perfecta réplica del ícono que yo tenía entre las manos colgaba tranquilamente en el iconostasio de la pequeña iglesia de San Demetrio, en San Petersburgo, impidiendo que nadie se percatase del hurto durante los próximos cien años. Donna, como era habitual en ella, había llevado a cabo un excelente trabajo de falsificación.

—¿Te falta mucho, Ana María? —volvió a preguntar mi tía con tono impaciente.

—No —respondí dejando el ícono en un rincón, bajo un paño limpio, y recogiendo mis bártulos apresuradamente.

Eché una última mirada a la celda y salí de ella sacudiéndome el polvo de las manos en los vaqueros. Juana cerró la

puerta, echó la llave y se encaminó con premura hacia al claustro.

—Vamos, que todavía tenemos mucho que hacer.

La comunidad en pleno nos esperaba en la puerta del viejo *scriptorium* que ahora cumplía las funciones de archivo de documentos históricos. En la actualidad, las monjas desarrollaban sus labores en una zona cercana a las cocinas y, salvo cronistas y estudiosos autorizados por el obispado, nadie accedía ya a aquellas antiguas dependencias como no fuera para limpiar. Mi tía me indicó con un gesto que entrara y con otro dejó fuera a las hermanas que manifestaron su desilusión con un lamento ahogado.

—Mira allí, sobre las estanterías de los documentos de los siglos XIV y XV.

Seguí con los ojos la dirección que señalaba su índice y distinguí en el artesonado del techo una enorme grieta astillada que dejaba al descubierto la piedra.

—¿Qué ha pasado?

—Carcoma y vejez —repuso lacónicamente mi tía—. Se veía venir desde hacía tiempo. Ya te lo dije en Navidad, ¿recuerdas?, pero no me hiciste caso.

Sacudí la cabeza en sentido negativo y la miré directamente a los ojos.

—En Navidad, querida tía, me pediste dinero para reparar las canalizaciones de agua de los jardines, y recuerdo haberte dado treinta mil euros el día de Reyes, y otros treinta mil en junio, cuando me advertiste del inminente derrumbamiento del muro del huerto.

—Pues ahora necesito un poco más. Reparar el artesonado requiere una delicada tarea de restauración, sin contar con los costes de acabar para siempre con la carcoma.

Por un segundo no supe si echarme a reír o si soltar un grito.

—¡Escúchame bien! —protesté, encarándome con mi insaciable tía—. En lo que va de año te he dado sesenta mil euros. ¡Creo que ya es suficiente! El año pasado fueron cincuenta mil, y el anterior ni me acuerdo. ¿Por qué no le pides el dinero a la Junta de Castilla y León o a tu maldito Episcopado?

—Ya se lo he pedido... —respondió con suavidad.

—¿Y...? —sinceramente, estaba sublevada.

—La próxima semana vendrán los peritos del ministerio y, con mucha suerte, podremos empezar las obras dentro de un par de años. Te recuerdo que en España hay más de cuarenta mil inmuebles de la Iglesia en peores condiciones que éste, que está catalogado como de riesgo moderado. Para cuando nos lleguen las ayudas, toda la madera de este archivo se habrá convertido en serrín. Lo que yo te propongo es que sigas desgravando impuestos por tus generosas aportaciones al monasterio como vienes haciendo hasta ahora.

Contuve mi ira y bajé la cabeza hasta que el pelo me sirvió de cortina protectora para mascullar a escondidas unas cuantas abominaciones.

—¿Cuánto? —pregunté por fin.

—Cincuenta mil.

—¡Qué!

Mi grito alarmó a las hermanas que se encontraban en la puerta y una de ellas se asomó discretamente; la mirada asesina de mi tía la animó a esfumarse a la velocidad del rayo. Las monjas sabían que mi bolsillo financiaba la restauración del monasterio, aunque estaban convencidas de que era por pura generosidad y por amor a mi única tía. Craso error: aquella arpía había estado extorsionando a mi padre durante años y ahora me extorsionaba sin piedad a mí.

—Cincuenta mil euros, Ana María, y ni un céntimo menos.

—¡Pero, tía...!

—No hay peros que valgan. O pagas, o mañana mismo llamo a los del Grupo de Patrimonio Artístico de la Guardia Civil para que vengan a visitar el calabozo.

—¡Canalla!

—¿Qué has dicho? —preguntó entre indignada y dolorida.

—He dicho que eres una canalla, tía, y lo mantengo.

Durante un segundo, Juana se quedó en suspense, mirándome, supongo que no sabiendo bien cómo responder a mi insulto. Luego, con el instinto del político que sabe encajar los golpes diplomáticamente, dejó escapar una ruidosa carcajada.

—¡Me acojo a la garantía espiritual de que quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón! Confío, incluso, en negociar con Dios una ampliación de este vencimiento.

Sonriendo, y muy segura de sí misma, salió del archivo dejándose allí con cara de imbécil. Era igualita que mi padre, me dije rabiosa. Igualita.

* * *

Al día siguiente, que amaneció nublado y lluvioso, pasé la mañana en la tienda comprobando facturas y atendiendo a los clientes. Tenía sobre la mesa varias cartas de compradores habituales solicitando información acerca de algunos artículos de mi catálogo y dos o tres avisos de subastas de Sotheby's y de Christie's que iban a celebrarse en Londres y Nueva York durante los próximos meses. La perspectiva de pasar un largo período sin «trabajos especiales» (por lo menos hasta diciembre, en que tendría que organizar la entrega del ícono) me resultaba atractiva y estimulante y estuve pensando seriamente en la idea de apuntarme a un gimnasio o de matricularme en algún centro de idiomas para mejorar mi horrible alemán y empezar con el ruso.

La fachada principal de mi tienda era el resultado de un largo y costoso estudio de imagen realizado por mi padre allá por los años setenta. Lejos de dejarse llevar por la apariencia adusta y aburrida que impera en esta clase de establecimientos, mi padre pintó la fachada de un color verde muy claro, salpicado de azulejos y coronado por unas grandes letras doradas. Sin duda, puede resultar un tanto estridente para un negocio como el nuestro, pero, por increíble que parezca, no quedaba nada mal aquel frontis abierto por dos grandes escaparates, separados entre sí por una elegante puerta italiana de madera (también pintada de verde, aunque más oscuro), a la que se accedía subiendo tres escalones que salvaban la distinta elevación del suelo provocada por la inclinación de la calle.

El mayor atractivo de Antigüedades Galdeano estaba constituido por nuestras colecciones de grabados antiguos de los siglos XVII, XVIII y XIX, tanto en color como en blanco y negro, y nuestro impresionante surtido de espejos españoles de los siglos XVII y XVIII. Pero ofrecíamos también la mejor exposición de muebles, bargueños, pintura, plata y cerámica del norte de España. Siempre habíamos intentado diferenciar lo más posible la oferta de la tienda de la oferta del calabozo: un anticuario especializado en la venta de bargueños del XVIII difícilmente sabrá algo de tallas policromadas góticas del XIV.

Nuestros clientes eran expertos y exigentes, y, mayoritariamente, compraban a través de intermediarios. De ahí que una de las mayores preocupaciones de mi padre fuera siempre la exquisita elaboración de nuestros catálogos, tarea que yo había heredado y que, recientemente, había asumido en su totalidad, realizando el diseño y la maquetación con el ordenador. Las fotografías, por supuesto, las encargaba a uno de los principales estudios profesionales de Madrid y la reproducción —en tiradas de quinientos o mil ejemplares— a Martí B.

Gráficas, S.A., de Valencia; los mejores, sin duda, en su especialidad.

A mediodía, cuando entré en casa, unos aromas exquisitos a sopa de ajo y chuleton de ternera hicieron rugir mis jugos gástricos. Con el último trabajo había perdido tres kilos de mis ya escasas reservas calóricas. Mi delgadez, al margen de ser una herencia familiar y tan exagerada como poco atractiva, traía de cabeza a Ezequiel, que se empeñaba en prepararme banquetes pantagruélicos, dignos de un luchador de sumo.

—¿Ya está la comida? —pregunté a gritos desde la entrada.

—Falta un poco todavía —respondió Ezequiel.

Fruncí el ceño, desilusionada, y me encaminé hacia el despacho. Si toda la tecnología moderna que me podía permitir en la tienda era la luz eléctrica y el sistema de alarma, por aquello de que los compradores de antigüedades suelen ser hostiles a cualquier cosa que huela a nuevo, en casa me desquitaba a gusto. Mientras con una mano pulsaba el mando a distancia del equipo de música y ponía en marcha el CD de Jarabe de Palo, con la otra, encendía mi estupendo ordenador y me dejaba caer en el sillón ergonómico lanzando por los aires los zapatos de tacón. Para relajarme, jugaría una partida de cartas contra la máquina antes de sentarme a la mesa. Era fantástico contemplar tantas luces parpadeantes y poder manipular tantos botones.

Todavía estaba desabrochándome la blusa y soltándome la falda cuando los altavoces emitieron un pitido agudo. «Mensaje del Grupo de Ajedrez», parpadeaba un aviso en la pantalla, «Mensaje del Grupo de Ajedrez».

—¡Oh, no! —exclamé descorazonada, mirando el monitor como una tonta—. ¡Todavía no quiero saber nada de nadie!

¡Era muy pronto para que el Grupo se pusiera en contacto conmigo! Por regla general, después de realizar un trabajo —y de enviarle a Roi un breve informe anunciándole el resultado del mismo—, las comunicaciones se interrumpían durante algunas semanas y si, además, como era éste el caso, la pieza debía «dormir» unos meses en el calabozo, los contactos entre los miembros del Grupo se suspendían completamente para respetar las «vacaciones». Pero aquel mensaje en la pantalla no dejaba lugar a dudas.

El genio informático del Grupo era Läufer, el alemán, que había realizado todos los programas con los que trabajábamos y que mantenía actualizados los sistemas de codificación y cifrado que garantizaban la impermeabilidad de nuestras comunicaciones. Läufer era un antiguo *hacker* del famoso grupo Chaos Computer Club. Él fue quien rompió las protecciones del Centro de Investigaciones Espaciales de Los Alamos, California, y también de la Agencia Espacial Europea, del Centro Europeo de Investigaciones Nucleares de Ginebra, del Instituto Max Plank de física nuclear y del laboratorio de biología nuclear de Heidelberg, entre otros. Pero, sin duda, su proeza más memorable fue la que llevó a cabo en 1985, poco después de que un candoroso ejecutivo del Bundespost, el servicio de correos alemán, declarase que las medidas de seguridad informática de dicha entidad eran inexpugnables. Läufer recogió el desafío y, cierto día, un teléfono del Bundespost estuvo llamando automáticamente durante diez horas al Chaos Computer Club y colgando al obtener respuesta. El resultado fue una astronómica factura telefónica que le costó el puesto al imprudente ejecutivo.

Läufer tuvo la suficiente inteligencia para abandonar el Chaos antes de ser descubierto y encarcelado por la policía

(como sucedió con otros muchos de sus compañeros) y rehízo completamente su vida adentrándose en el selecto mundo de los objetos de arte, su segunda pasión. Sin abandonar los ordenadores, se entregó con entusiasmo al estudio y a la preparación profesional y, al cabo de unos cuantos años, se ganaba muy bien la vida dedicándose a la tasación y valoración de muebles, cerámicas, porcelanas, vidrio, plata, pintura, escultura, bronces, textiles y joyas, llegando a estar considerado, con el tiempo, como el mejor especialista europeo en la autentificación de piezas antiguas.

La combinación de sus dos habilidades, en las que, por su inteligencia y sensibilidad, era un verdadero maestro, le convirtieron en el candidato adecuado para cubrir la vacante dejada por el anterior Läufer y, aunque desconozco qué método utilizó Roi para ficharle, lo cierto es que formaba parte del Grupo de Ajedrez desde varios años antes que yo.

Entre disgustada y preocupada por la repentina llegada del mensaje, pulsé con rabia la tecla para abrirlo y las letras comenzaron a surgir en la pantalla en forma de signos y dibujos totalmente ilegibles. Ni Champollion* con toda su ciencia hubiera conseguido descifrar aquel galimatías. Al cabo de pocos segundos, sin embargo, el algoritmo descodificador elaborado por Läufer había terminado su trabajo y aquel enjambre sin forma empezó a adquirir sentido ante mis ojos:

«IRC, #Chess, 16.00, pass: Golem. Roi».

* Champollion, Jean François (1790-1832), arqueólogo francés y creador de la egiptología como disciplina contemporánea. En el año 1821 empezó a descifrar los jeroglíficos egipcios de la piedra de Rosetta, trabajando en los caracteres jeroglíficos y hieráticos, con lo que proporcionó la clave para comprender el antiguo egipcio.